

50 R F-C/1201

BARCELONA, CIUDAD CARDIORRENAL

DISCURSO DE RECEPCIÓN
EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA
LEÍDO POR EL ACADÉMICO ELECTO

DR. D. JOSÉ ROIG Y RAVENTÓS

EL DÍA 24 DE ABRIL DE 1921

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

DR. D. VALENTÍN CARULLA

CATEDRÁTICO DE TERAPÉUTICA



BARCELONA
IMPRESA DE JOAQUÍN HORTA.—GERONA, II
1921

BARCELONA,
CIUDAD CARDIORRENAL

DISCURSO DE RECEPCIÓN
EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA
LEÍDO POR EL ACADEMICO ELECTO

DR. D. JOSÉ ROIG Y RAVENTÓS

EL DÍA 24 DE ABRIL DE 1921

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

DR. D. VALENTIN CARULLA

CATEDRÁTICO DE TERAPÉUTICA

BARCELONA

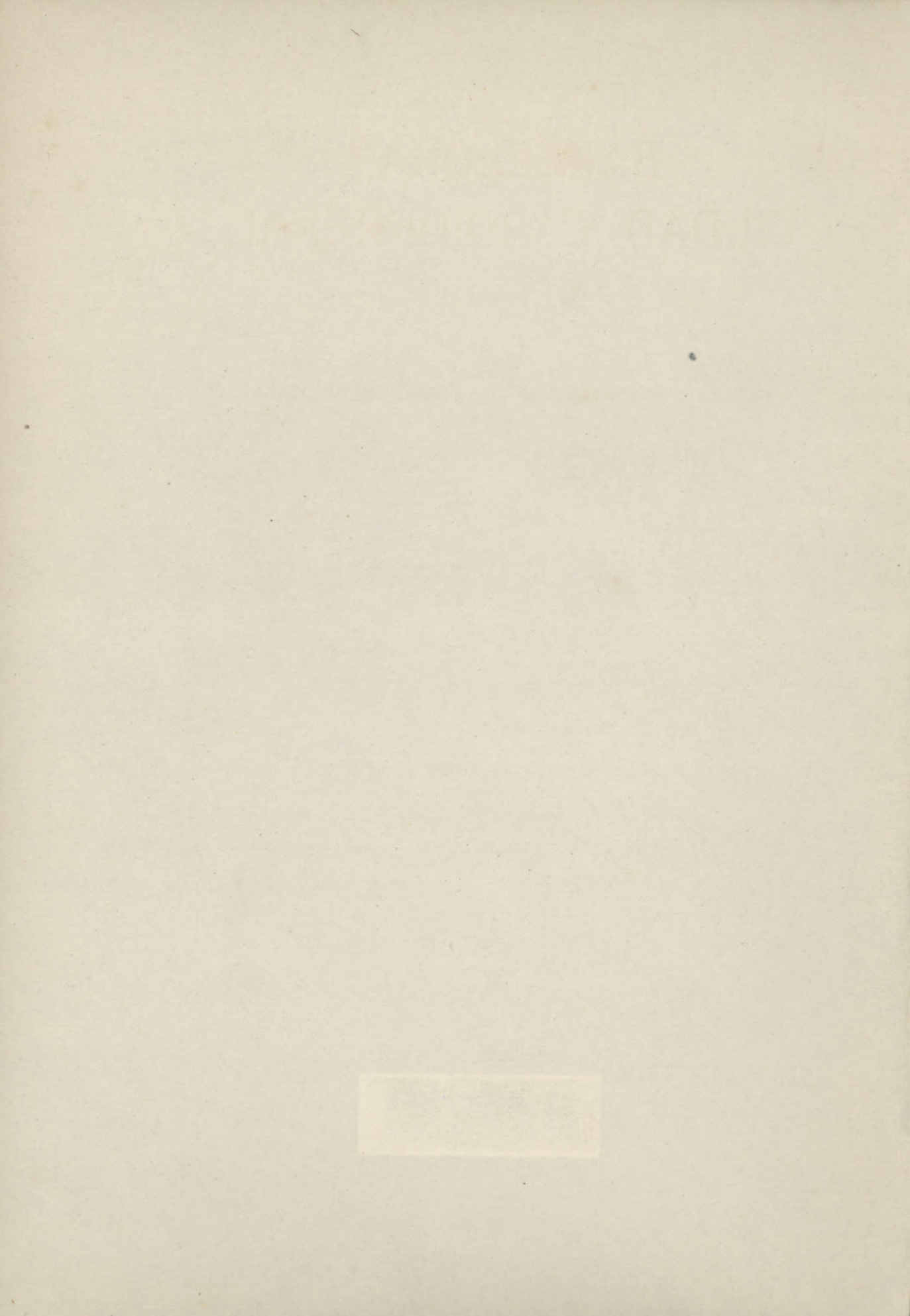
IMPRESA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701056886





4

BARCELONA, CIUDAD CARDIORRENAL

DISCURSO DE RECEPCIÓN
EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA
LEÍDO POR EL ACADÉMICO ELECTO

DR. D. JOSÉ ROIG Y RAVENTÓS

EL DÍA 24 DE ABRIL DE 1921

DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL
DR. D. VALENTÍN CARULLA
CATEDRÁTICO DE TERAPÉUTICA



BARCELONA
IMPRESA DE JOAQUÍN HORTA.—GERONA, 11
1921



EXCMO. SEÑOR,

MIS ILUSTRES SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

BARCELONA, CIUDAD CARDIORRENAL

A fuer de sincero, he de confesar que en este momento se realiza una de las ilusiones que más arraigada tenía en mi espíritu de médico.

Permítame que sea la ingenuidad, rayana en confidencia infantil, la que en este instante, que se me antoja el más colerico de mi vida científica, dicte las pobres palabras que os dirijo.

No se por qué, pero el ambiente de este vasto edificio me inspira un respeto como si me hallara en un templo, y en él no podría expresarme sin esclavizar mis ideas a la rectitud que exige mi conciencia, ahora temblorosa como si pronunciara un juramento. Así pues, no me faltaría de hacer familias al hablar con franqueza y parece que no ando caído de la solemnidad que requiere un discurso académico. Esta es para mí una casa sagrada en la que estoy en calidad del más humilde heredero. La conciencia de mi haber en ella me anticipados entra hasta lo más recóndito de mi corazón. ¿Con qué confianza me sentaría entre vosotros si en estos sillones fuera mis familiares que le moría una precamara los, según sus vidas?

El ser mi nombramiento (si me permite la expresión) de nuevo cuño, me exige de la farsa tradicional de estudiar la personalidad del antecesor que ocupaba el sillón que me ofrece. Pero yo no puedo dar comienzo a mi labor académica, sin antes dar tregua a los sentimientos que me obligan a consagrar un recuerdo a los que fueron presidentes de esta docta corporación, mi tío y primo los doctores Reig y Bofill y Bartolomé Robert. Ellos, han constituido para mí un constante y paternal ejemplo, ya que sus vidas fueron un dechado de honradez y caballerosidad médica y viven aún en la

EXCMO. SEÑOR,

MUY ILUSTRES SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

A fuer de sincero, he de confesar que en este momento se realiza una de las ilusiones que más arraigada tenía en mi espíritu de médico.

Permitidme que sea la ingenuidad, rayana en confianza infantil, la que en este instante, que se me antoja el más solemne de mi vida científica, dicte las pobres palabras que os dirijo.

No se por qué, pero el ambiente de este vetusto edificio me inspira un respeto como si me hallara en un templo, y en él no podría expresarme sin esclavizar mis ideas a la rectitud que exige mi conciencia, ahora temblorosa como si pronunciara un juramento. Así pues, no me tildéis de harto familiar, si hablando con llaneza os parece que no ando ceñido de la solemnidad que requiere un discurso académico. Esta es para mí una casa solariega en la cual entro en calidad del más humilde heredero. La emoción de no hallar en ella mis antepasados entra hasta lo más recóndito en mi corazón. ¡Con qué confianza me sentaría entre vosotros si en estos sillones viera mis familiares que la muerte, con prematura hoz, segó sus vidas!

El ser mi nombramiento (si me permitís la expresión) de nuevo cuño, me exime de la tarea tradicional de estudiar la personalidad del antecesor que ocupaba el sillón que me ofrecéis. Pero yo no puedo dar comienzo a mi labor académica, sin antes dar tregua a los sentimientos que me obligan a consagrar un recuerdo a los que fueron presidentes de esta docta corporación, mi tío y primo los doctores Roig y Bofill y Bartolomé Robert. Ellos, han constituido para mí un constante y paternal ejemplo, ya que sus vidas fueron un dechado de honradez y caballerosidad médica y viven aún en la

memoria de sus contemporáneos, aquí presentes, la figura arrogante del doctor Roig, que según expresión del doctor Góngora, fué el príncipe de los médicos y médico de los príncipes, y la sencilla y simpática del doctor Robert, de frente despejada y ojos llenos de una tristeza dulce y soñadora a la par. Palpita el recuerdo de ellos en este momento, dentro de mí, con una intensidad emotiva y desconcertante. Siento en el aire de esta casa solariega el silencio penetrante de su ausencia eterna.

Pero al propio tiempo, una alegría esplendorosa embarga mi espíritu. Tiempo ha, llevo prometida la misma medalla que ostentó en calidad de académico mi inolvidable doctor Roig, si podía, como él, llegar a ser admitido en este ambiente de ciencia y de seriedad. Vuestras bondades así lo han permitido. He ahí la medalla que por largo tiempo ha permanecido en la austera obscuridad de un estuche cerrado. Dios quiera que al salir de nuevo a la vida y al sentir el ritmo de mi pecho, no sienta la añoranza de los años de obscuridad, temblorosa y profanada.

Estoy pues en la cima de mis anhelos científicos, pero como el que desea alcanzar la cúspide, al llegar a ella, siente el pavor de los abismos que por doquier abren sus bocas, y siento tambalear mi cuerpo azotado por los vientos helados de las alturas, tengo miedo de caer y a vosotros tiendo mis manos pidiendo perdón por mi infantil osadía de aceptar un lugar inmerecido.

Al someterme a la ineludible obligación reglamentaria de tratar de un punto concerniente a la sección de higiene, he meditado mucho el tema. Podía circunscribirme a las especialidades de cultivo, pero no ha mucho eminentes académicos han lucido las galas de una erudición vastísima y envidiable; además, ninguno de mis trabajos en curso encaja con las características de un discurso académico, y sintiendo por nuestra ciudad un cariño que raya en amor he decidido dedicar a ella mis endebles estudios, imaginándome por un momento que Barcelona es un organismo enfermo y yo su médico de cabecera.

Barcelona es una ciudad mundial. No se quién es el autor que clasificó las ciudades en mundiales, grandes ciudades, ciudades menores, pueblos y campos. Ciudad mundial, es la que tiene más de un millón de habitantes; creo que podemos reputar nuestra urbe de mundial sin ningún escrúpulo. Es interesantísimo el estudio de la rapidez pasmosa y excepcional de su desarrollo.

Medio siglo atrás, Barcelona era una ciudad fuerte, defendida por un cinturón de murallas altas, anchos fosos y torres bélicas. Correspondía al tipo de una ciudad menor; después, con el ensanche pasó a grande ciudad, para alcanzar en estos últimos años la honrosa categoría de ciudad mundial. Ha realizado el milagro parecido al obrado por el piñón.

Dejad un piñón sepultado. La tierra lo cubre amorosamente. La lluvia vivificante despertará su vida latente y el piñón, tierna semilla, con una fuerza inexplicable, rompe su cubierta que de puro dura necesitáis una piedra para romperla, clava su raíz en la obscuridad de la tierra y eleva su tallo en la claridad del cielo. Andando el tiempo será un pino gigantesco, frondoso y esbelto.

Barcelona, como el piñón encerrada entre la dureza triste de sus murallas, sintió un día la vida rebosante y con fuerza potente rompió el cinturón de piedra y cegó sus fosos, derribó sus torres y echó raíces hacia el mar y como un pino expansionó sus bellezas hacia el cielo.

La vida de Barcelona, ciudad menor, aun vive en la memoria de nuestros padres. Serena, pequeña, humilde y plácida, alejada del delirio de este vivir mortal, de esta actividad aplastante, nuestra ciudad era pequeña y en ella se desarrollaban las escenas cuya narración ahora nos parece un sueño. A la sazón, más allá de las Rondas se extendían anchos campos de cultivo con sus pacientes norias y sus casitas de labranza; los moradores de la ciudad que en los días festivos buscaban en el aire del campo reposo y alegría, debían andar alerta atentos para llegar a las puertas de la ciudad antes que el puente levadizo les dejara fuera del recinto ciudadano. ¡Cuántas veces en los días de labor se veía un ciudadano corriendo angustioso a campo traviesa para llegar antes del cambio de guardia! Y a pocos pasos de su carrera, el puente, lento, inexorable y cruel, se elevaba y el ciudadano jadeante debía esperar media hora hasta que el cambio de guardia tuviera lugar. Si la escena ocurría por la noche, no quedaba otro recurso que pernoctar en uno de los mesones que fueron el origen de lo que más tarde constituyeron los pueblos de la agregación. Hostafranchs uno de ellos, en el cual pasaban la noche los enormes carros que al día siguiente debían entrar en la ciudad. A la sazón prestaban el servicio tres tartanas, que por el precio de tres cuartos os trasladaban hasta la ciudad; pero era condición esencial que el vehículo estuviera lleno de pasajeros, y muchos de ellos cansados de esperar la dosis indispensable para la marcha dejaban el vehículo

y andando a pie llegaban antes a la ciudad. Tan mal andaban los ingresos del tartanero, que un día halláronle ahorcado. A poco de este trágico fin, un francés emprendió el mismo negocio con unos coches que dieron mejor resultado.

Esto ocurría el año 1855, cuando *Hostafranchs* era un hostel (de ahí su nombre), la *Bordeta* una casa que prohió una expósa (una bordeta) y *Sans* un campo en el cual había una capilla que el pueblo la llamaba *Els Sants* y así surgieron los tres nombres de los tres lugares que originaron tres barrios que hoy se comunican con la antigua urbe sin solución de continuidad, y con un servicio de tranvías intenso y siempre abarrotado de pasajeros.

Barcelona, entonces semilla de ciudad mundial, el año 1839 empezó a sentir la necesidad de un ensanche que por los trastornos políticos no medró hasta el año 1844 en que de nuevo el Ayuntamiento se dirigió a las autoridades superiores representadas por el Jefe de la provincia. En 1846 una proposición consistorial pone sobre la mesa la cuestión del ensanche, y ante la tardanza del Gobierno en contestar se insiste en ello en enero de 1847. Nos ocuparía muchas páginas el relato de las discusiones, regateos, reuniones, planos de los ingenieros militares y de los arquitectos municipales, viajes a Madrid, residencias en la misma capital de concejales para activar la aprobación de los proyectos en los cuales intervienen personas prestigiosas, prensa y la ciudad toda. Durán y Bas, a la sazón Secretario del Ayuntamiento; expuso brillantemente al Gobierno la necesidad de un ensanche general por notarse que el aumento de la población no guardaba relación con el desarrollo urbano. El año 1853 la población se hallaba en una verdadera plétora y los habitantes no sabían donde meterse; prueba de ello es que en 23 años se han edificado 409 casas en solares nuevos y se han reedificado 642 en solares antiguos, que en más de 600 sólo las mejoras han consistido en aumentarlas de uno o dos pisos. A causa de falta de espacio, varios conventos con sus huertos y jardines se han convertido en manzanas de casas cruzadas por calles estrechas de 16 a 35 palmos, en las cuales viven a miles los ciudadanos sin sol y sin luz; «morirían en enjambres si la divina Providencia no velase sobre la ciudad para protegerla de la hoz de una epidemia». Así se expresa la memoria citada. Téngase en cuenta que antes la ciudad (en el siglo xvii) tenía un perímetro de 7,477 varas lineales, cobijándose en ella 64,000 habitantes y después con un perímetro menor (por haberse construido la ciudadela) se alojan 150,000 o más.

Al propio tiempo que la ciudad había enfermado de plétora, sus pueblos vecinos se desarrollaban; buena prueba de ello es que Gracia, que en el año 1823 contaba con 96 casas solares, en poco tiempo contaba con 1,500 y muchas de ellas de dos, tres y más cuartos.

Cundió el entusiasmo, los ideales florecieron ante el proyecto del derribo de las murallas, hasta el punto que el más revolucionario en esta cuestión, Martí d'Aixelá, pide que el ensanche sea general y que en lugar de las murallas se construya un paseo con árboles que circunde la ciudad, substituyendo una muralla de belleza en lugar de una muralla de defensa. En la exposición que los Diputados a Cortes presentaron, decían: Barcelona por su situación geográfica, por sus relaciones, por su comercio e industria y por el carácter y hábito de sus moradores, es la primera población industrial de España, y está sin duda llamada a ser una de las más importantes del Mediterráneo.

El optimismo de aquellos tiempos hoy es una realidad halagadora y triunfante. Barcelona ciudad mundial es hoy la duodécima urbe de Europa.

El modo como ha tenido lugar el desarrollo de la ciudad no podemos buscarlo en los datos estadísticos oficiales porque la resistencia al empadronamiento, endémica de nuestro pueblo, ha constituido una valla infranqueable a la verdad.

Población: en 1359.....	34,339 habitantes	
1657.....	64,000	»
1798.....	130,000	»
Guerra Indep. 1818.....	88,227	»
1860.....	189,948	»
1888.....	273,000	»
1897.....	509,589	» agregación suburbios
1900.....	533,000	»
1904.....	537,354	» agregación de Horta
1906.....	539,453	»
1907.....	543,818	»
1909.....	546,271	»

En el año 1908 se celebraron 5,000 matrimonios.

El crecimiento de la ciudad fué debido en gran parte a la constante inmigración de las provincias de España y del extranjero.

PERÍMETRO

En 1860	8,665 edificios	
1887	11,518	»
1897	30,138	» con agregación
1900	33,774	»
1905	36,889	»
1909	39,031	»

En cuatro épocas se ha cambiado el perímetro del recinto.

Nuestra ciudad, como la mayoría de urbes extranjeras, derribó sus murallas convencida de que no era posible una ciudad moderna dentro de un recinto limitado. Se consideraba como caduca la idea (que de puro añeja es ya olvidada) de que no era posible una ciudad si no era a la par una fortaleza. ¡Figuraos por un momento la impresión que nos causaría hoy la ceremonia de los romanos que, cuando fundaban una ciudad, marcaban el perímetro con un arado al cual iban uncidos un toro y una ternera y cuya esteva llevaba el magistrado vestido con una solemne toca! El crecimiento de las ciudades no obedece a un plan biológico como el que misteriosamente llevan las células de cada especie animal, y ahora el arado de los romanos nos parece harto mezquino y las murallas un agobio. Acaso los límites naturales son respetados por el desarrollo de las ciudades mundiales.

Cuatro fases han presidido el crecimiento de nuestra ciudad: fase antigua o sea cuando alcanzó dentro del recinto de las murallas su mayor población. A mediados del siglo XVIII era una de las poblaciones más pobladas con relación a su superficie (*Plétora urbana*); fase segunda, a partir del año 1854 en que el derribo de las murallas dió a luz el ensanche (*Expansión urbana*); fase tercera o sea cuando tuvo lugar la agregación (*Conglomeración urbana*), a causa de que los pueblos vecinos estaban completamente confundidos con el ensanche que les alcanzó en pocos años; fase cuarta o sea la *Mundial*, en que la ciudad toda ha elegido la parte más alta para su expansión y en la que por higiene, comodidad y estética los moradores de la urbe antigua han edificado sus moradas en la falda de las montañas, convirtiendo los pueblos de su alrededor en barrios-jardines muy concurridos.

No ha mucho, quien poseía una casa en los pueblos cercanos para

solaz y esparcimiento de los días festivos, ve convertida su finca rural en casa esencialmente urbana. El derribo de la retorma, el encarecimiento de los alquileres, la facilidad de las comunicaciones, el gran número de extranjeros que solicitan las casas con jardín y en lugares con buen aire y sol, han convertido las antiguas residencias de veraneo en verdaderas calles ciudadanas, con vecinos que moran todo el año en ellas, como ocurre con harta frecuencia en las ciudades extranjeras.

Es cierto y notorio que la ciudad ha invadido los pueblos agregados y fisiológicamente los ha convertido en urbe, y como los pueblos no estaban preparados para recibirla, ocurren cosas impropias, como ver un enorme tranvía por una calle angosta, que a la vez que la llena de temblores y ruidos, la obtura por completo de un modo abrumador, antiestético y peligroso.

Recapacitando un poco como médicos, se nos aparece Barcelona como un enfermo cuya lesión está en los vasos y de la cual depende la circulación, que se lleva a cabo en condiciones semejantes a la afección denominada arterioesclerosis.

Para formar exacto juicio de mi aserto, bueno será dar una mirada a lo que ocurre con la circulación de las calles que desde este momento consideramos como vasos cuya sangre está representada por el tránsito de la ciudad.

El paseo de Gracia constituye para Barcelona la arteria aorta cuyas dos ilíacas están representadas por la Rambla y la Puerta del Angel. Está aorta, completamente normal en su calibre, al llegar a la calle de Salmerón sufre una estenosis congénita que perturba por completo la circulación de vehículos y viandantes.

Permitidme por un momento que os describa el calibre de las arterias de nuestra urbe. Las calles del ensanche miden 20 metros de ancho. De vez en vez existen otras más anchas, como las Rondas y la calle de Urgel y la de Aragón, que tienen 30 metros. Son éstas las arterias medianas. Después siguen las que miden 50 metros como la calle de Cortes, Paseo de la Industria, Paralelo, Diagonal y Paseo de Colón (42 metros), o sea las arterias de mayor calibre y por fin las más grandes que miden 62 metros como el Paseo de Gracia y el Salón de San Juan (85 metros de ancho). Las demás calles representan las capilares, aun abundantes en la parte baja de la ciudad.

Los efectos de fisiología-patología de la circulación se notan en la parte alta de la ciudad porque la gran circulación halla en la

parte alta de Gracia una verdadera angina como os voy a demostrar.

La calle de Salmerón se estrecha hasta el punto de que en la esquina de la calle de Bretón de los Herreros sólo mide 5 metros y medio, lo que representa una reducción enorme comparado con la anchura del Paseo de Gracia, que alcanza 42 metros.

Lo propio ocurre en las calles que ponen en comunicación la ciudad por el lado derecho e izquierdo. La carretera de Sarriá termina bifurcándose en la Plaza de Artos en dos calles que casi no pasa el tranvía. La calle de Muntaner se estrecha cerca de la Plaza de la Bonanova hasta alcanzar sólo cuatro metros y el paseo de San Juan está obstruído al llegar a Gracia. De esto resulta que la circulación de Barcelona está completamente estenosada en la parte alta.

El estudio de la circulación en estos lugares es interesante desde el punto de vista higiénico, pues existe una verdadera hipertensión con los peligros inherentes a tal trastorno circulatorio.

En la calle de Salmerón el número de atropellos alcanza un total vergonzoso. El exceso de viandantes por las aceras harto estrechas, los tranvías con sus paradas, el número excesivo de automóviles, con el excesivo número de faltas a las leyes municipales, la indisciplina de los transeuntes, el acceso a un mercado cercano, y por fin la falta de una cultura cívica, son las causas que con triste frecuencia se hayan de presenciar las trágicas escenas de las muertes callejeras que son tan evitables.

Por un momento voy a narraros lo que ocurre en New-York. En esta ciudad las facilidades de adquirir un auto son realmente excepcionales. La mayoría de los propietarios carecen de chofer. Os retrata la facilidad de adquirir un auto, el letrero de una de las casas más importantes, en cuyo escaparate hay siempre un nutrido número de autos con un anuncio que pone «entre usted y compre un coche y vaya a dar un paseo por el Parque» y los yankes así lo hacen y con muy poco dinero. En el momento de ser examinados los que han de conducir el vehículo, se les pregunta un cuestionario de las reglas vigentes que llenan un volumen bastante extenso. A pesar de esto, en aquella ciudad las multas abundan harto; el exceso de velocidad está perseguido y vigilado del siguiente modo: existe una policía especial cuya misión es procurar que no se cometen excesos de la velocidad tanto urbana como por las carreteras. Esta policía lleva uniforme o es secreta. Cuando ven un auto, a cuyo juicio anda con excesiva velocidad, lo siguen un kilómetro para comprobar si

realmente pasa de las velocidades permitidas, y si así ocurre, lo alcanzan, se le ponen delante y le obligan a parar enseñando el carnet policíaco. Otras veces el policía secreto sigue un auto e invita al chofer a emprender una carrera de competencia y al cabo de la lucha enseña el carnet y detiene el coche. En aquel momento el que guía debe enseñar la licencia de chofer y de propietario del vehículo, y el policía le da una citación para el Juzgado más próximo y al día siguiente tiene lugar la vista. La primera multa es de 25 dólares, la segunda es de 100 a 200 dólares, la tercera es de cinco días de reclusión y pérdida de la licencia de chofer. El escape libre está prohibido siempre, incluso de noche, así como los autos de vapor que expelen humo.

Unos coches ingleses muy acreditados, después de haber instalado allí una fábrica tuvieron que emigrar por no serles permitida su circulación. El humo está prohibido.

En las calles en las cuales está instalado un hospital, hay un letrero encarnado que pone Hospital; por allí, los autos deben llevar una velocidad mínima sin tocar la bocina. En las que hay un colegio ocurre lo propio y en el letrero están consignadas las horas en que los niños entran y salen de la escuela para que los autos en aquellas horas circulen despacio y se eviten el peligro de atropellar a los escolares. En las grandes vías unos cartelones marcan el lugar por donde deben pasar los autos, siempre separados de los demás vehículos. Está especialmente prohibido pasar a menos de tres metros de un tranvía. La multa de esta infracción la da el mismo cobrador del tranvía. El número de estas multas es enorme y la facilidad de pagarlas pasmosa. Los testimonios surgen espontáneamente y tienen 5 dólares por día. En las aceras hay un orden completo y está prohibido cruzar las calles fuera de los sitios fijados y en el caso de ocurrir un atropello en un cruce de los que no están indicados, no se puede reclamar indemnización alguna. La policía es numerosísima y muy respetada. He ahí un modelo de una buena higiene de la circulación.

Es también muy curioso el modo como limpian las diversas calles de la ciudad. Por la noche extienden unas mangueras que están perforadas de modo tal que el agua brota por varios sitios y convierte la calle en un río. Esta limpieza se efectúa por la noche, y como las calles estan asfaltadas no hay nunca polvo.

En nuestras calles bien se echa de ver reina una anarquía realmente peligrosa, y no nos debe extrañar que el número de atropellos

sea grande. La incultura de los chofers deja pasmados a los extranjeros cuando observan el sinnúmero de faltas que se cometen por nuestras calles, ora con los escapes libres, ora pasando cerca de los tranvías mientras la gente se apea de ellos, ora yendo contra dirección, ora circulando con una marcha harto veloz. Y por fin, como despojos de la gran guerra nos ha llegado la temible invasión de los enormes camiones que corroen las carreteras y llenan nuestras calles de ruidos, trepidaciones y peligros, constituyendo verdaderas embolías de la circulación urbana.

Un hecho muy singular debe ser comentado, por constituir una grave falta de higiene de la circulación. El tren eléctrico de la calle de Balmes, llamada entre los chofers la calle del peligro, de vez en vez nos da la nota trágica de los atropellos hasta el punto de haber sido varias veces el blanco de las iras populares. Es realmente un caso de estudio por su rareza, pues no he visto en ninguna de las capitales que he tenido ocasión de visitar, un tren que llanamente, como Pedro por su casa, llegue hasta el centro de la ciudad por mitad de las calles, con su bocina intensa, su reflector deslumbrante y su velocidad no siempre moderada. Los vecinos de la calle os darán razón de las molestias que les ocasiona el ruido, la trepidación (que ha llegado a grietar los techos), amén del constante peligro que les amenaza. Es verdaderamente una vergüenza para nuestra ciudad que los trenes atraviesen una vía como la Diagonal y la Gran Vía, donde nuestros hijos acuden en busca del sol al abrigo de los vientos del Norte. El cruce de la calle de Córcega, cuyos chaflanes no son truncados, es un colmo sin precedentes; allí, el tren, sólo se ve cuando está en plena calle; el número de trenes que pasan en un día es muy crecido: 214 en 24 horas.

El peso de los vagones es enorme: 47 toneladas y media. Muchos de los convoyes los efectúan tres vagones y cada vagón mide 7 metros y medio; me refiero a los que llegan a la ciudad de Tarrasa. Los otros son más pequeños, menos pesados, pero carecen de un salvavidas que como tal pueda considerarse. Tristemente he tenido ocasión de comprobarlo, presenciando una muerte de una joven que resultó horriblemente magullada a pesar de la tabla que dichos vehículos llevan delante de las ruedas. Yo no se en qué consiste que haya este poco interés por parte de los fabricantes de vehículos, de inventar un perfecto y eficaz salvavidas. He asistido a varios de los salones de automóviles, y en ninguno de ellos recuerdo haber visto modelos de salvavidas como si el atropello no constituyera un

hecho tan atendible como los perfeccionamientos que se crean para la comodidad de los propietarios. Además, hay fabricantes que no tienen ningún inconveniente en construir los coches con el motor bajo, de modo que en caso de un atropello no es posible librarse de la muerte como se libró no ha mucho la tiple Barrientos en una estación de París.

Un hecho semejante al que acabamos de consignar ocurre con el tren de la calle de Aragón. Si el de la calle de Balmes entra en la ciudad con la cabeza cubierta, el de la calle de Aragón entra fumando. ¡No me parece aceptable que un tren llegue a la vía más importante de una ciudad por una zanja abierta en mitad de una calle céntrica metiendo ruido y levantando nubes de humo! He tenido ocasión de visitar un enfermo que las columnas de humo del tren de la calle de Aragón le provocaban ataques de asma. No creo pecar de pulcro en materias de higiene si considero como indispensable el adoptar el procedimiento de París, cuyo tren llega a la estación de Quai d'Orsay por un túnel que atravesando toda la gran urbe llega al corazón de la misma. En este caso, se substituye la máquina de vapor por una eléctrica que no produce humo. Nuestra calle de Aragón, que es más ancha que las demás, bien merece que se la libre de semejante herida. Nuestro Paseo de Gracia con sus añosos árboles y sus anchas calzadas, no es digno de que un tren lo ensordezca con sus silbidos y lo ensucie con su humo. Barcelona ciudad mundial con sus suntuosos edificios, creo que merece más cariño y más respeto.

Concretando pues, queda demostrado a todas luces que nuestra ciudad tiene, como ya se llama vulgarmente, mala circulación; que todas las grandes vías se angostan de modo tal que fisiológicamente se producen fenómenos semejantes a lo que acontecen en las estenosis de la aorta. La hipercirculación de estas calles se me antoja que es la hipertensión de los organismos, y si ésta es peligrosa no lo es menos aquélla. El yoduro capaz de facilitar la circulación dilatando los vasos, está representado por obras poco menos que imposibles como sería el ensanche de las calles que resultan harto estrechas; en cambio surte los mismos efectos hipocirculatorios la urgente e imprescindible obra de abrir calles paralelas a las lesionadas, que dando lugar a una circulación complementaria haría disminuir los peligros de la estenosis. El Paseo de San Juan debe llegar a la Travesera, la calle de Balmes debería abrirse hasta el Paseo de la Bonanova, la calle de Muntaner debe ensancharse lo

suficiente, con la carretera de Sarriá debe hacerse lo propio. Todo esto coadyuvado por la eficaz acción de un tren subterráneo que aliviara la noria humana representada por los tranvías del Paseo de Gracia. No ha mucho nuestra ciudad ha sido distinguida con la instalación de un Hotel Ritz, que hoy constituye una condecoración propia de una ciudad mundial; ahora le falta al fajín, representado por un metropolitano rápido y bien distribuido. Se impone la disciplina de los conductores de vehículos, respetada gracias a una vigilancia sagaz y continua llevada a cabo por una policía a imitación de la de New-York, la reglamentación de los transeuntes a los cuales se les debe exigir que no anden contra dirección dificultando la circulación de las aceras, así como que no pasen por los arroyos destinados a los vehículos y que no los atraviesen a su antojo. El rigor inapelable para todas las leyes que se establezcan con el fin de disminuir los atropellos, la anulación del seguro que libra a los chofers de los castigos que la ley les impone, la inspección de los salvavidas y muchas más medidas encaminadas todas ellas a que en las calles disminuya el riesgo del cual están sembradas con la actual circulación, que además de ser un peligro constituye una falta de civismo abominable.

Siguiendo una exploración clínica de nuestra ciudad, al hallarnos ante una lesión vascular lo primero que nos preguntamos es si esta lesión está tolerada y recordando que es en los riñones donde las insuficiencias circulatorias reflejan muchas veces su anormalidad, a ellos hemos dirigido nuestra mirada. De nuestra exploración podemos sentar la premisa que Barcelona es una ciudad cardiorrenal y autointoxicada y con edemas de las extremidades.

En efecto: podemos comparar la red de las cloacas a los tubos que integran la parte microscópica del riñón, y en este caso no cabe la menor duda que el aparato renal de nuestra ciudad está lesionado, está incompleto. Lo que ocurría con las calles de la ciudad que al llegar a lo que antes eran pueblos agregados las hallan aún puebleinas y por lo tanto sin capacidad suficiente para servir al tráfico intenso, pasa con los servicios de drenaje. Entre los barrios agregados y la parte baja de la ciudad hay verdaderas lesiones de la red renal. Además, la edificación ha progresado mucho más aprisa que los trabajos de urbanización subterránea y se ha permitido edificar en lugares en los cuales sólo había un elemento de urbanización: el alineamiento. Así han surgido barrios enteros en los que no existe el menor vestigio de cloacas y se ha adoptado el procedimiento

arcaico y antihigiénico de los pozos ciegos; estos barrios, fisiológicamente están sufriendo las consecuencias de una anuria con todos los peligros de una autointoxicación urémica.

La situación de Barcelona es envidiable por estar edificada sobre un plano inclinado que permite un buen drenaje y se evita la necesidad de las máquinas elevadoras a que han tenido que recurrir en Berlín, que la ciudad está levantada en una superficie completamente plana.

La diuresis de una ciudad depende de que esté la red de las cloacas completa, impermeable y lo suficientemente drenada.

La fisiología de la red debe ser inofensiva a la ciudad en el trayecto y en la evacuación.

Analicemos estos puntos ante nuestra ciudad enferma.

El problema de circulación subterránea reviste una trascendencia demostrada a todas luces. Las víctimas que ocasiona no son aparatosas y trágicas como las que ocurren en las vías públicas, sino por el contrario aunque sean más numerosas están envueltas en el sigilo de la muerte que de un modo paulatino llega a las moradas para arrebatar las vidas. Lo primero que debiera construirse en una ciudad es la parte subterránea, ya que la que posee una red perfecta de alcantarillado puede honrarse con una salud pública envidiable. Todos, al visitar una ciudad, nos paseamos orondos y satisfechos por las calles, y si las edificaciones nos agradan y los jardines nos alegran, reputamos a la ciudad como hermosa y lo esencial de la ciudad es precisamente la parte que nosotros no podemos ver y de la que depende lo más bello, lo más honroso y lo más civilizado, que es la garantía absoluta de que nuestra salud no corre el riesgo de las infecciones emanadas de una mala o insuficiente urbanización del subsuelo ciudadano.

El estudio de los distintos medios adoptados por las ciudades mundiales nos apartaría del tema al cual vamos ceñidos y por lo tanto rehusamos a ello.

Las condiciones en que se halla Barcelona son las siguientes, que a semejanza de un organismo enfermo la perjudican:

Insuficiencia de la red, por no estar completa.

Falta de un buen drenaje, por carecer de una cantidad de agua que arrastre las materias acumuladas.

Falta una buena ventilación del alcantarillado, que nos libre de lo tortura de la peste ya popular de nuestra ciudad.

Y por último, falta un lugar donde se neutralicen los residuos todos que se acumulan en las alcantarillas.

Tal cual está nuestra urbe, podemos decir que nos paseamos por encima de un semillero de enfermedades.

Las ciudades de Babilonia, Cartago, Jerusalén y Egipto poseían canalizaciones completas. Inglaterra y los Estados Unidos hoy andan a la vanguardia de una buena red subterránea. No ha mucho las materias excrementicias residuarias de las ciudades europeas (Marsella, Lyón, Bruselas, Amberes) eran arrojadas al río, como también lo hacían París, Londres, New-York, Hamburgo. Los ríos se infectaban y las playas se llenaban de materias eliminadas por las cloacas. Las terribles epidemias de cólera, peste y tifoidea dieron la voz de alarma y hoy todo ha cambiado. Es una verdadera temeridad lo que ocurre en nuestra urbe, que aun sigue cometiendo la falta que las otras ciudades han evitado después de un triste escarmiento. ¡Barcelona aun vierte los elementos de sus alcantarillados en el mar, y en plena ciudad!

Las aguas fluviales, así como el mar, forman parte integrante de una ciudad. ¿Qué diríais si la red del alcantarillado se acumulara en plena plaza de Cataluña? ¡Os causaría indignación! Pues pensad que el mar es una calle y que merece todo el respeto de tal, porque por ella circulan muchos ciudadanos y en ella se crían los peces que la misma ciudad consume. Barcelona hoy da la espalda al mar y además vierte sus excretas, y como que el mar es un barrio más de la urbe, Barcelona se autointoxica de continuo. Es triste y repugnante el espectáculo que ofrecen nuestras playas sucias, apestosas, con las aguas turbias y las arenas negras. El mar de nuestra ciudad, en lugar de ofrecer sus galas a los ciudadanos, como un órgano enfermo despierta una lástima y repugnancia que los aleja.

Las cloacas de Barcelona deberían desahogarse en campos lejanos y arenosos que absorbieran las materias sin que pudieran irrogar perjuicio alguno. Los arenales de Castelldefels constituirían unos campos de absorción, según opinión de un autor distinguido.

La falta de un buen drenaje constituye una verdadera fuente de enfermedades. Es necesario que las cloacas se conviertan en verdaderos ríos cuya corriente abundante y rápida arrastre los elementos peligrosos que se acumulan de vez en cuando. Para este fin hay en las ciudades bien atendidas unos pozos donde el agua se acumula para que en un momento dado produzcan una corriente tumultuosa que limpie las cloacas.

Barcelona es una ciudad que padece sed. ¡Lleva muchos años de esta tortura! Si se necesitan 100 litros por persona cada día,

podemos afirmar que nuestra ciudad está a régimen de reducción de líquidos que le concentran las eliminaciones y le dificultan la perfecta diuresis.

Dos clases de agua necesita nuestra ciudad: agua para uso interno y para uso externo.

Me refiero, al llamarla para uso interno, a la potable o sea la destinada a la bebida. Esta debe reunir una composición higiénica y una bacteriología inofensiva.

El agua para uso externo sería la destinada al drenaje del alcantarillado y que es indiferente sea o no potable o bacteriológicamente pura.

La naturaleza nos ha puesto cerca de nuestras viviendas las dos aguas que necesitamos: a la parte Norte las de uso interno (Besós-Tordera); a la parte Sur la de uso externo (Llobregat). Además, como veremos más adelante, la parte más declive de nuestro subsuelo tiene una cantidad de agua abundante que bien podría servir para aguas de drenaje.

No hay bastante con que una alcantarilla sea impermeable, declive y drenada: es necesario que sea bien ventilada. Pero esta ventilación no debe estar nunca en comunicación con las calles de la ciudad. Los cambios de presión atmosférica invierten con suma facilidad el tiraje de las alcantarillas; por esto cuando cambia el tiempo nuestras calles están irresistibles. Los productos gaseosos de las alcantarillas no deben ser eliminados en el aire sino destruídos por medio de lámparas especiales o por el ingenioso sistema Webb que lleva el aire de las canalizaciones a los faroles del gas del alumbrado público.

El año 1917 el ingeniero industrial Ramoneda Holder publicó una monografía titulada «¡Qué mal huele Barcelona!». En este trabajo, después de hacer gala de una sagaz observación de las corrientes de aire que reinan en los imbornales, llega al descubrimiento de que las cloacas verifican un verdadero trabajo parecido a la respiración, o sea que inspiran y expiran, siendo así que sólo deberían inspirar el aire para su ventilación y una vez absorbido no debiera salir de nuevo a la calle, sino ser conducido por un tiraje, que el autor propone, para que una chimenea lo destruyera con hornos de cremación.

El camino propuesto se ha seguido en Francfort y en Mánchester. Nuestra capital tiene condiciones óptimas para que el sistema citado surja un efecto beneficioso a todas luces.

En suma, la actual red de canalización subterránea carece de las

condiciones que la buena fisiología requiere: los pozos negros por una parte, la falta de agua para el drenaje por otra, la ventilación deficiente, el desagüe en el mar, constituyen un conjunto de faltas que llevan a la ciudad a padecer del trastorno biológico que conocemos con el nombre de una autointoxicación por la lesión de los emunctorios naturales.

El alcantarillado debe cumplir las funciones de:

RECOGER, CONDUCIR, ALEJAR Y DESTRUIR

Ahora recoge poco, conduce mal, aleja escasamente y no destruye nada.

Otro síntoma de la ciudad enferma que debe ocuparnos con detención, es lo referente al mencionado no ha mucho: el edema de las extremidades de la ciudad. En efecto, Barcelona desde que las Ordenanzas municipales, a raíz de la epidemia de fiebre tifoidea, mandó cegar los pozos de la parte más baja de la ciudad, tiene acumulada en el subsuelo una cantidad de agua que alcanza un palmo dentro de los sótanos de las casas de las calles de la parte más declive. Muy cerca de aquí, en la calle de la Paja, he tenido de observar este fenómeno que como se os alcanza irroga perjuicios enormes para las construcciones y peligros constantes para la salud pública. En honor a la agradable brevedad no puedo extenderme en la enumeración de los medios que se recomiendan con ahinco para que los cimientos de las casas se libren de los perjuicios de una humedad constante.

Geológicamente, la parte baja de nuestra ciudad tiene que acumular una gran cantidad de agua por estar cerca del mar, por ocupar un punto declive cercano a las vertientes de una cordillera, por ser vecino de dos ríos y además por ser el terreno arcilloso que es el que más retiene la humedad. Ya sabéis cuán enojoso es un edema con tendencia a la cronicidad. Los enfermos que les aqueja tal trastorno circulatorio, están en continuo peligro de que el más tenue rasguño sea la causa de una infección de la piel grave o de una úlcera de difícil curación. Lo propio ocurre con el edema de la ciudad, que además de constituir un peligro infectivo (reumatismo, tuberculosis), andando el tiempo puede corroer los cimientos constituyendo unas verdaderas úlceras de los edificios de muy difícil resolución.

El tratamiento de este síntoma es muy parecido al que apelamos los médicos para aliviar a los enfermos. Los tubos de drenaje cutáneo propuestos, bien podrían aplicarse a la ciudad en forma de unos pozos

que a la par que acumularían las aguas subterráneas, podrían resolver hasta cierto punto el problema de la sed que tortura el alcantarillado de nuestra urbe; en una palabra, que las aguas subterráneas que han invadido la parte baja de la ciudad deben ser captadas eficazmente para que desaparezcan de los sótanos y llevadas a depósitos que de vez en cuando, vertidos en forma torrencial, drenen a las cloacas. Son esas aguas de uso externo que además de no aprovecharse, están destruyendo los edificios y comprometiendo las condiciones higiénicas de las viviendas.

Estos pozos bien pudieran ocupar el centro de las manzanas para evitar efectos antiestéticos o bien ser construídos en los puntos donde la cantidad de agua sea mayor, y así explorada por sondeos la captación sería más eficaz con menos coste.

No termina aquí la historia clínica de nuestra ciudad. Barcelona cardiorrenal, con edemas, tiene, como la mayor parte de los cardíacos en plena fase de insuficiencia crónica de miocardio, una congestión pasiva hepática.

Considerando los ciudadanos como elementos del tejido hemático con sus variedades biológicas de glóbulos rojos (paisanos) y leucocitos (policías) y teniendo en cuenta que el hígado es una víscera cuya función primordial es la antitóxica y neutralizante de los elementos morbosos que llegan a él, bien se os alcanza que la fisiología hepática de una ciudad está representada por todo lo que signifique la acción sanitaria de los hospitales, asilos, maternidades, sanatorios, consultorios, manicomios, que su misión es asilar y por lo tanto neutralizar el efecto pernicioso que afecta a los ciudadanos. Y esto queda demostrado a todas luces: que nuestra ciudad está en plena fase de una insuficiencia lamentable.

No pretendo establecer comparaciones con las demás ciudades que llevo visitadas. No quiero que sea la tristeza la que circunde mi discurso académico y por lo tanto cierro mis ojos a la lozanía sanitaria que luce con fulgores de esplendor en mi memoria y voy a ocuparme de nuestra urbe exclusivamente.

En un vetusto edificio, verdadera pléyade de curiosidades arqueológicas, está nuestro primer hospital llamado de la Santa Cruz. Entre calles estrechas, en lugar húmedo, rodeado de un aire impuro y cerca del mercado principal de la ciudad está el humillante, pobre, insuficiente hospital, que más que una institución perenne se semeja a los establecimientos que entre las tragedias de una invasión bélica han levantado interinamente las naciones víctimas de la gran guerra.